

MESA REDONDA:
HISTORIA, PAZ E INTEGRACIÓN

AUSPICIADA POR LA UNESCO Y LA UNIVERSIDAD ANDINA SIMÓN BOLÍVAR,
NOVIEMBRE 25 DE 1998.

Participantes: Diego Cordovez, Félix Denegri, Juan Granda
Oré, María Elena Porras, Germánico Salgado
Moderador: Arvelio García*

Presentación

Dentro del Congreso Ecuatoriano de Historia, esta mesa redonda se consideró como un evento central. En primer lugar, porque se organizó para dar continuidad a un esfuerzo de poner la historia al servicio de la paz entre Ecuador y Perú, que se inició con un acto similar en el Primer Congreso en 1995. En segundo lugar, puesto que se la planificó como un aporte al Congreso, varios de cuyos eventos académicos, entre ellos el simposio principal, estuvieron dedicados a la reflexión sobre la enseñanza de historia. En tercer lugar, debido a que el tema asignado a esta mesa era de palpitante actualidad, en vista de que el Congreso de Historia se reunió a pocos días de la suscripción de la paz entre Ecuador y Perú.

Se invitó a participar de la mesa a varias personalidades del Ecuador y Perú. Con una larga carrera como funcionario de las Naciones Unidas, Diego Cordovez es, indudablemente, el ecuatoriano con mayor experiencia y peso en el enfrentamiento de conflictos internacionales. Además, como Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador fue protagonista de la negociación con el Perú. Félix Denegri Luna fue un gran promotor del arreglo entre Ecuador y Perú. Fue nuestro invitado especial en el

* Diego Cordovez, ecuatoriano, abogado; fue Secretario General Adjunto para Asuntos Políticos de las Naciones Unidas y Ministro de Relaciones Exteriores del Ecuador; es docente de la Universidad de Harvard y de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Félix Denegri, peruano, abogado e historiador; fue presidente de la Academia de Historia del Perú. Juan Granda Oré, peruano, historiador. María Elena Porras, ecuatoriana, historiadora; es directora del Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y vicepresidenta de ADHIEC. Germánico Salgado, ecuatoriano, economista; fue miembro de la Junta del Acuerdo de Cartagena, ministro de Estado y gerente del Banco Central del Ecuador. Cuando murió hace algunos meses, era diputado por Pichincha y profesor emérito de la Universidad Andina Simón Bolívar.

Moderador: Arvelio García, cubano, representante de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, en Quito.

Congreso. Juan Granda Oré es un historiador peruano que realizó su posgrado en el Ecuador, y que ha estudiado varios aspectos de la historia común. María Elena Porras es una historiadora que ha realizado un meritorio trabajo sobre las relaciones Ecuador-Perú y sobre textos educativos, balanceando, a veces con dificultades pero con indudable éxito, su condición de profesional y de funcionaria de la Cancillería del Ecuador. Germánico Salgado Peñaherra fue uno de los ecuatorianos de más alta calidad humana y académica. Fue pionero y propulsor de la integración andina y latinoamericana. Realizó varios estudios sobre historia económica, entre otros temas sobre la trayectoria de los procesos integracionistas.

Esta mesa redonda fue auspiciada por la UNESCO, cuyo director general promueve una iniciativa de trabajo en Historia para la Integración y la Paz. El representante de la UNESCO en nuestra capital, Arvelio García, actuó como moderador del evento, que también fue auspiciado por la Universidad Andina Simón Bolívar, institución del Sistema Andino de Integración que, al promover el acto, cumplió con uno de sus cometidos fundamentales.

La mesa se desarrolló con amplia concurrencia de público, en medio del que se hallaban numerosos maestros de historia de todo el país. Durante el desarrollo del acto, mientras intervenía Germánico Salgado, el último expositor, Félix Denegri, sufrió un colapso en su salud. Fue internado inmediatamente en una clínica de Quito, donde murió algunos días después. En esta dolorosa situación, los historiadores del Ecuador hicimos solemne homenaje a su dedicación por la causa de la paz entre nuestros pueblos, que culminó con su sentida muerte. También el Gobierno del Ecuador le rindió homenaje. Unos meses después falleció también Germánico, a quien el país reconoció como uno de sus más altos valores.

Se transcribe en este texto una versión editada de las intervenciones. Por razones obvias, algunas de ellas no han sido revisadas por sus autores. Conviene anotar que la intervención de Germánico Salgado fue interrumpida por el infarto de Félix Denegri y el expositor tuvo que acortarla.**

Intervención de Diego Cordovez

Yo no soy historiador y, por tanto, mis observaciones sobre el tema serán más bien las de una persona con cierta experiencia en las relaciones internacionales.

Me van a permitir iniciar con una observación. Noto entre los historiadores del Ecuador una tendencia a hablar ahora de "volver a escribir la historia". Esto me preocupa porque, lamentablemente, este es un país muy conflictivo. Tenemos un problema de regionalismo; tenemos una sociedad polarizada. Es lamentable tener que reconocerlo, pero a veces pienso que somos tan conflictivos porque no hemos tenido una verdadera crisis. Hay

** Presentación preparada por el Director de la revista.

quien dice que la caída de Bucaram fue crisis, pero creo que no tocamos fondo. Seguimos siendo muy conflictivos. Por ello me parece que un proyecto de "revisar la historia" puede constituir un irritante más que no necesitamos, e incluso podría producir un trauma que podría reducir los esfuerzos que se están haciendo, o que tenemos que hacer, para construir la paz. Quisiera dar una señal de alarma a quienes están interesados en hacer estas rectificaciones y decirles que vayamos más despacio en ese sentido.

Como Enrique Ayala me había dicho que una de las razones por las cuales me invitaba era por mi experiencia en las Naciones Unidas, sobre todo en negociaciones de paz, quisiera subrayar algo que yo creo que a lo mejor no se comprende debidamente: la paz entre el Ecuador y el Perú no va a ser tan difícil de construir. Mi querido amigo Félix Denegri hablaba el día de la inauguración de este Congreso de las cosas que nos unen: una identidad de sangre, de idioma y de religión. Pero, adicionalmente, en comparación con otros conflictos que las Naciones Unidas están tratando de solucionar, no van a darse esos problemas que normalmente se presentan cuando se firma un acuerdo de paz. Aquí no hay centros urbanos, no hay comunidades que van a cambiar de soberanía. No hay problemas de refugiados.

En una ocasión en las Naciones Unidas, como parte de un acuerdo de paz, tuve que hacer los arreglos necesarios para el regreso de cinco millones de refugiados a un país. Y eso causó un nuevo trauma de profundo resentimiento con el país en el cual esos refugiados habían sido acogidos. Nosotros no tenemos ese tipo de problemas en este caso. Pienso yo que no hay animosidad entre ecuatorianos y peruanos. Los peruanos y ecuatorianos cuando se conocen llegan a ser muy buenos amigos. Los diplomáticos ecuatorianos en el exterior, los mejores amigos que tienen a veces, son sus colegas peruanos. Hay relaciones de parentesco muy intensas. Hasta que se inventó Miami, la ilusión de muchos de los recién casados ecuatorianos era ir a pasar la luna de miel en Lima. La comida es muy parecida. Las costumbres son muy similares. Esos son factores que nos unen.

Le decía a un amigo mío que me discutía este tema el otro día, que le podía dar un ejemplo de lo que es animosidad entre dos pueblos. Soy en este momento mediador de las Naciones Unidas en Chipre y dos de mis interlocutores son los griegos y los turcos. Grecia y Turquía son países que han estado en paz desde hace décadas. Los dos pertenecen a la OTAN. Uno de ellos ya es miembro y el otro va a formar parte, pronto espero yo, de la Unión Europea. Pues bien, hace poco un productor de cine norteamericano decidió, con ocasión de un aniversario, hacer una película sobre Ataturk, el "padre de los turcos". Se trata de una figura histórica realmente impresionante, que diseñó el actual Estado turco. Este productor le ofreció el papel de Ataturk a Antonio Banderas. A partir de ese momento Antonio Banderas em-

pezó a recibir una serie de amenazas de muerte de ciudadanos griegos y resolvió renunciar al papel. Eso es animosidad en mi concepto.

Creo que los acuerdos de paz contienen una serie de disposiciones visionarias en el sentido de que dos países que han firmado un acuerdo político tienen abierta la posibilidad de una mayor integración. Pero creo también que sería muy importante que esos proyectos involucraran una serie de acuerdos y empresas binacionales. No soy el mejor conocedor de la integración latinoamericana. Tenemos aquí un eminente experto en integración. Pero creo que lamentablemente no se ha promovido suficientemente la idea de empresas binacionales. A lo mejor, justamente por los antecedentes de nuestras relaciones con el Perú, éste es el momento de que en ese contexto y con los fondos que se van a recibir con ese objeto, se promuevan empresas binacionales. Pero creo que tenemos que ir más lejos. El conflicto del Ecuador con el Perú ha constituido hasta este momento un obstáculo para que los países andinos, y la América Latina en su conjunto, avancen hacia lo que me parece absolutamente indispensable, que es una mayor integración política. Quizá ahora podemos empezar a hacerlo en la subregión andina y después avanzar para que esa integración se dé en toda América Latina. Este es un requisito absolutamente indispensable para que nosotros participemos con éxito en el proceso de globalización, que a unos les gusta y a otros no, unos lo entiende de una manera y otros de otra; pero es irreversible. He sostenido muchas veces que si no se toman medidas en estos países, como las están tomando otros mucho más industrializados, vamos a perder el tren.

El carácter político de la integración europea es lo que le ha dado fortaleza. Justamente por el asunto de Chipre, he tenido ahora que entrar en contacto con la Unión Europea, y me he dado cuenta de lo que eso significa. Ayer se inició en la Asamblea Nacional Francesa la discusión de los llamados "Acuerdos de Amsterdam", que involucran una serie de rectificaciones, de reformas, de las constituciones de cada uno de los países miembros de la Unión Europea para ir promoviendo la integración política. Esos países están llegando a un nivel muy sofisticado de la integración política. En el edificio de la Asamblea Francesa, por primera vez ayer flameaba no solo la bandera francesa sino también la bandera de Europa.

Europa ha tenido que sortear una serie de problemas para avanzar hacia la integración política. Uno de esos problemas, quizá el más evidente, es el del idioma. Otro son las instituciones jurídicas muy rígidas que han estado vigentes durante muchos siglos y que ahora se tienen que modificar. Creo que en nuestra región latinoamericana, y sobre todo en el área andina, se reúnen todos los factores y todos los elementos necesarios para que como en ninguna parte del mundo avancemos a una integración política. Lo mismo que se ha dicho aquí sobre el problema Ecuador-Perú, las cosas que nos unen son los elementos que facilitan una integración política: la identidad de

idioma, de religión, una misma herencia jurídica. Hay también otras, por ejemplo el comportamiento de nuestros países en foros internacionales. Cuando estuve en el gobierno hice estudiar la forma en que el Ecuador y el Perú votaban en foros internacionales y, a menos que hubiera alguna referencia al problema territorial, los dos países votaban exactamente igual sobre todos los otros temas.

Creo que el proceso de integración andina hasta este momento ha sido demasiado comercial. Es cierto que se han hecho algunas rectificaciones, sobre todo a partir del momento en que los presidentes en el año 1989 tomaron en sus manos la dirección del proceso. También se han hecho algunas rectificaciones institucionales. Se ha creado, o se quiere crear, un verdadero Parlamento Andino. Pero creo que es importante que empecemos a redactar lentamente acuerdos como los que en Europa han culminado con el Acuerdo de Amsterdam, cuyo concepto fundamental es el que la soberanía de esos países miembros se comparte para lograr ciertos objetivos comunes.

En el caso de nuestros países, pienso que se puede comenzar con aquellos temas que se llaman "nuevos" en la agenda internacional, y respecto de los cuales creo que hay una casi absoluta identidad de criterios y de propósitos en todos estos países. Los derechos humanos, el terrorismo y la seguridad, las drogas, el medio ambiente. Se pueden organizar programas conjuntos mucho más efectivos y mucho más eficientes que los que cada uno de estos países puede organizar para combatir la pobreza, para lograr más altos niveles de salud, más altos niveles de educación. Estas son cosas que se puede hacer juntos y que deberían ser objeto de acuerdos internacionales entre nosotros. Tenemos que uniformar las legislaciones con respecto a una serie de temas, se puede empezar con el más sencillo, que es el de la inmigración. Lo lógico sería que un extranjero que viene a uno de nuestros países, como es el caso en Europa, pudiera circular libremente en toda la región. Son cosas que incluso facilitan y no constituyen obstáculos para los propósitos de seguridad externa.

Deberíamos tener una política exterior común, justamente porque votamos igual y porque tenemos idénticos objetivos de política exterior. Cuando estuve en el gobierno, los cinco cancilleres de los países andinos no eran funcionarios de carrera. Pensamos entonces en lograr una cierta integración en nuestros servicios diplomáticos. Esto iba a ser de beneficio fundamentalmente para el Ecuador, que es el país que tiene el servicio más pequeño. A través de ese tipo de acuerdos nosotros íbamos a estar representados, por ejemplo, en todos los países de la OPEP. Pero lamentablemente fuimos desautorizados por nuestras cancillerías. Creo que la CAF y esta Universidad Andina pueden hacer mucho en ese sentido. La CAF porque, evidentemente, estas son cosas que requieren de fondos. Todos los estudios, todos los acuerdos requieren de fondos. Y la Universidad Andina, porque creo que

puede promover el espíritu de una integración política. Esos deben ser los nuevos horizontes y los nuevos desafíos de esta nueva situación.

Todos tenemos que felicitarnos de que no solamente el Ecuador y el Perú, sino todos los países andinos, ahora estemos en paz. Así le vamos a dar a la paz una nueva visión, un sentido diferente, un propósito y una dimensión que va a beneficiar a los cinco países.

Intervención de Félix Denegri

Para mí ha sido una sorpresa muy grata que Diego Cordovez, que esta mañana me había amenazado con tratar muy mal a los historiadores, no haya cumplido su palabra. Francamente, creo, coincidimos: no se puede escribir historias a la carrera porque se firmó la paz y teniendo como meta justificar algo. La historia tiene que escribirse de acuerdo a la verdad. Para que se escriba esa historia hay muchos pasos previos. Ese ritmo que quiere Diego, si lo hacemos con seriedad, se va a cumplir. Creo que el mismo Diego dijo que el conocimiento de las personas las ayuda mucho a entenderse. Yo me entiendo con Diego porque lo conozco desde que era un muchachito de 15 o 16 años.

Quiero recordar aquí a un hombre que tanto hizo por la paz entre el Perú y el Ecuador; ese gigante que fue Alfredo Pareja Diezcanseco. Ya viejos los dos nos hicimos muy amigos, como le consta a su discípula María Elena Porras. Él me dijo más de una vez que ambos nos aportamos cosas para nuestro conocimiento; que ambos nos ayudamos a afirmarnos cada vez más en la necesidad del entendimiento del Ecuador y el Perú, del entendimiento de nuestros países. Se acaba de señalar que estamos en un proceso de globalización que aparentemente es incontenible. También se ha dicho que es un proceso que tiene muchas dificultades. Es curioso como las fronteras geográficas y espirituales entre los estados van desapareciendo, o al menos van disminuyendo; pero lo extraordinario es que junto a eso se está dando, aún en los países más desarrollados, un sentido de micronacionalismo. El regionalismo debidamente manejado, porque hasta el agua tomada en exceso hace daño, es una cosa sana. Pero el micronacionalismo es muy peligroso, porque lleva en sí el germen del fundamentalismo. Piensen ustedes que en Asia, África, Europa e inclusive en nuestro hemisferio, empiezan a sentirse unos primeros grititos de micronacionalismo. Creo que eso es sumamente peligroso.

¿Cómo podemos ser amigos? Conociéndonos mejor. Cuanto más se conocen los seres humanos, más suelen entenderse, porque por lo general hay motivo de entenderse. Diego ha mencionado las actitudes nuestras, las políticas comunes, en los foros internacionales. ¿Quién iba a pensar que Ecua-

dor, Chile y Perú impusiesen la doctrina de las doscientas millas? Parecía un sueño irrealizable. Había el antecedente de que Estados Unidos había dicho doscientas millas no, pero sí un zócalo continental. Lo cierto es que con esfuerzo, con inteligencia derrochada por los diplomáticos de nuestros tres países conseguimos esa meta que nos ha hecho muchísimo bien. Antes la pesca casi no figuraba en los renglones importantes de nuestras economías. Hoy día sí figura. Los romanos les daban a los lictores algo que es una mala palabra en estos días, pequeñas "vainitas", cada una de ellas muy débil, pero que debidamente cohesionadas se volvían muy fuertes. Nosotros debemos pensar que tampoco somos tan pobrecitos. Hay países muchísimo más desarrollados que nosotros, pero más fuertes seremos el día que estemos debidamente unidos.

Creo firmemente que la cultura es de gran importancia para la integración; no solamente la cultura en materia histórica sino la cultura en general, que da base para la política, para la amistad y otras muchas cosas importantes. Y ¡por Dios que tenemos una cultura! Pero dígame, ¿qué diferencia hay entre un ecuatoriano, un boliviano o un peruano? Nosotros admitimos que somos culturas mestizas. Esto lo hacemos con orgullo, cosa que no lo hacían nuestros padres. En eso hemos avanzado. Se dice que la cuestión racial es muy difícil. Por supuesto que no es fácil, pero ahí les llevo yo ventaja a todos mis compañeros de mesa, porque en enero tengo 80 años, y he estado en Estados Unidos de estudiante en el año 1939. Entonces la discriminación racial era pavorosa. Que hoy día no haya desaparecido del todo es cierto, pero casi ha desaparecido. El comandante general de una gran guerra americana ha sido un mulato y nadie lo ha rechazado. Cuanto antes empezemos nuestros programas, eso contribuirá a dar ejemplo.

La necesidad de reunión de gentes de estudio en los distintos campos es fundamental. Los empresarios ya están oyéndose porque ellos tienen un sentido muy pragmático. Pero necesitamos de estos congresos y también de reuniones más pequeñas. Todo eso contribuirá a dar ejemplo. Pero vayamos paso por paso, porque Hispanoamérica o Iberoamérica es un mismo mundo con muy pequeñas variantes. Hasta los brasileños ya no hablan portugués, sino un portugués brasileño, que es muy parecido al castellano nuestro.

Pensemos en eso, reflexionemos en esto, y propongamos hacer esto lo antes posible; porque si nos demoramos, el tren de la historia nos va a dejar de lado, como tantas veces ha acontecido. Y no debemos echarles la culpa de todas las cosas malas a las grandes potencias. Nosotros debemos hacer nuestro examen de conciencia y saber prepararnos para todos los retos que se nos vienen, o que ya los tenemos encima.

Intervención de Juan Granda

No podemos ni debemos dejar de reconocer que nuestra historia común la hemos vivido y pensado como historias separadas, como historias compartimentalizadas. En esta historia de compartimentos estancos, preñada de desentendidos, de imágenes distorsionadas, no nos han permitido ver y entender al otro como una totalidad.

Pero en esta historia de desencuentros e incluso de mutuas amarguras hay procesos mucho más ricos, profundos y hermosos, como el que yo vivo desde 1984. Señalo esta fecha porque ese fue el año en que comencé a estudiar y vivir dos "maestrías". Una la concluí. La otra, la que ha hecho de mí un peruano orgullosamente ecuatoriano, todavía no la concluyo. Esta segunda maestría, la maestría de la vida, me la dan permanentemente y aceleradamente mis amigos docentes ecuatorianos, que en algún momento fueron mis profesores y mis compañeros de estudio formales. Hoy mismo muchos de ustedes me dan permanentes lecciones de calidad y entendimiento humano.

Pero es evidente que no estoy aquí para relatarles el proceso de mi identidad, ni tampoco el de mis deudas personales con el Ecuador. Por eso paso a referirme al tema que nos ha convocado. Para ello quiero proponerles algunos puntos muy esquemáticos que tienen que ver con la actualidad. Si analizamos las reacciones de la llamada opinión pública peruana ante la firma de los acuerdos de paz, nos daremos cuenta que ésta, según las compañías encuestadoras, pasa actualmente por espectaculares cambios de opinión. Así, mientras que a los pocos días de firmarse los acuerdos de paz el 77% de los encuestados estaba en contra de los mismos; hoy, a menos de un mes, menos del 50% se pronuncia en contra y existe una rapidísima tendencia a la baja en esta posición.

Desde el Perú nos estamos enfrentando a un dramático proceso que, como ustedes saben, ha tenido también su costo en vidas humanas. Pero decir "la opinión pública peruana" puede ser un exceso del lenguaje, ya que la actitud de la opinión pública no es la misma en Tumbes, Piura y Amazonas que la de Lima o Loreto. Mientras que en la primera región, es decir Piura-Tumbes, se ha profundizado el ambiente de esperanza y de apertura que permite que ahora casi todos descubran que tienen antepasados en el Ecuador; en Loreto aparece votando radicalmente en contra de la corriente. Allí, como ustedes conocerán, se han producido movilizaciones populares en contra de los acuerdos de paz. Pero no debemos perder de vista que en Loreto hay que diferenciar dos espacios distintos. El espacio urbano, escenario de las movilizaciones, y el espacio étnico, el cual se

mueve en otra lógica, en la lógica de organizar y participar en encuentros con sus hermanos ecuatorianos.

Estoy convencido, por otra parte, de que los acuerdos de paz nos obligarán a revisar nuestros textos de historia, e incluso nuestras propias concepciones de nación. Pero para mí es particularmente importante que no debemos dejar pasar de lado el análisis del imaginario popular referido al Ecuador, es decir la imagen que desde la cultura popular se tiene del otro, del distinto; de aquellos que, de acuerdo a una frase de un pescador tumbecino, “viven al otro lado de la raya”. Este imaginario, como cualquier otro, posee en sí elementos profundamente democráticos y de cultura de paz, pero también éstos se mezclan con rasgos derivados del prejuicio y del chauvinismo. Aquí todos tenemos una tarea por delante.

Probablemente a ambos pueblos nos costará años asimilar los acuerdos. Probablemente hubiéramos querido tener mejores condiciones, pero estoy convencido de que lo que actualmente tenemos es lo óptimo por ahora. Pienso, además, que estos acuerdos de paz no solamente deben leerse desde la perspectiva del Estado. Estoy convencido de que estos acuerdos abren los caminos de la paz, del entendimiento, de la mutua comprensión. Evidentemente estos caminos están y estarán sembrados de dudas, de dificultades. Por ello necesitamos que cada uno de nosotros brinde lo mejor de su patriotismo, de su valor, de su coraje y de su empeño, para conseguir que este chaquiñán se convierta en una amplia y luminosa avenida por la que puedan transitar y florecer la vida, la paz y el progreso de nuestros pueblos, para que en algún momento del futuro, los hijos de nuestros hijos puedan encontrarse y reconocerse como hermanos iguales.

Intervención de María Elena Porras

Quisiera antes de nada decir que mi intervención será breve. En tanto este Congreso ha concitado la atención de profesores, maestros e historiadores justamente por el tema “historia, identidad y educación”, no quisiera abordarlo, sino tratar de recoger y evaluar el debate que ha enfrentado al público y a los historiadores del Ecuador, a propósito de la firma de la paz.

El día lunes el doctor Jorge Salvador Lara nos contaba que cuando Bolívar envió las instrucciones de estudio para su sobrino, decía que la historia se debe estudiar para la libertad, la justicia y la paz. Me pregunto ahora ¿hemos enseñado una historia para la libertad, la justicia y la paz? Creo que definitivamente no. Y ¿por qué no ha sido una historia para la libertad? La respuesta está justamente en que nuestra historia ha estado aprisionada en el reduccionismo. Se ha pretendido sustentar la identidad nacional, entre otros, en un elemento negativo, subordinando al problema territorial con el Perú.

Esto no solo se ha expresado en el discurso historiográfico sino también en el político y en la conciencia del pueblo. Este enfoque unilateral politizó la identidad nacional nos dice, por ejemplo, nuestro colega Hernán Ibarra. De allí la necesidad de crear mitos que sustenten una nacionalidad ecuatoriana basada en un imaginario de "quiteñización" de la historia que convirtió, por ejemplo, al Reino de Quito en el escenario de una nación temprana que se olvidó de las profundas relaciones entre los pueblos indígenas de la Costa, Sierra y Oriente del Ecuador, relaciones que fueron quebradas en la Colonia y continuadas luego en la República, como afirmara recientemente mi colega Rosemarie Terán.

En consecuencia, tampoco ha sido una historia para la justicia, pues si hablamos de un proyecto nacional ecuatoriano este, diría Enrique Ayala, se ha constituido o se ha construido a partir de exclusiones étnicas, sociales y regionales. Esto ha impedido comprender, además, que hay que conocer la historia para que los pueblos conozcan su pasado, para que busquen la autodefinición de su propio ser y se puedan proyectar al futuro con una mentalidad clara y definida. Al haber anclado nuestra identidad, nos diría Milton Luna, hemos anclado nuestra identidad en una cultura del lamento, de la derrota y de la deliberancia.

Tampoco hemos hecho, entonces, una historia para la paz. Hemos alimentado el espíritu del resentimiento. Hemos generado una actitud tolerante, y proyectado el acto fallido del revanchismo. En nuestra historia ha sido más importante recrear el conflicto que comprenderlo y resolverlo. Ha sido la mente de los hombres en donde han surgido los actos de guerra y deberá ser en la mente de los hombres en donde se cultiven los baluartes de la paz. Yo diría también en la mente de las mujeres ¿Cuál es, entonces, de hoy en adelante nuestro desafío? Es hacer una historia para la libertad, una historia que recupere a los actores colectivos que durante mucho tiempo han sido silenciados por la historia tradicional; una historia para la justicia que contribuya a construir una identidad; que reconozca al otro, dentro y fuera de las fronteras; que acepte la diversidad como fuente de riqueza espiritual y material, y que por lo tanto promueva la tolerancia como la forma básica de la convivencia.

Solo así construiremos una historia para la paz, una historia que recupere los valores de solidaridad y fraternidad; que reivindique también el trabajo, la alegría, la capacidad de lucha y la constancia del ser ecuatoriano, como base para el triunfo y para el incremento de la autoestima; que proteja, por ejemplo, el trabajo silencioso de la mujer a lo largo de la historia, en su más amplia dimensión; que particularmente valore también su capacidad de negociación; que rescate una memoria histórica sin eliminar los momentos de conflicto, como decían mis colegas de mesa; pero que explique las razones que lo produjeron y las formas posibles de resolverlo; que entienda lo

nacional como defensa y promoción del bien, común en una versión más latinoamericana donde se rescaten las historias de frontera.

Solo así podremos volver a hermanarnos entre ecuatorianos, peruanos, chilenos, bolivianos y ecuatorianos; como hace diez años lo hicimos algunos bajo el cobijo de una maestría en Historia Andina, que supo encontrar en una relación fraterna y solidaria, la riqueza de las diversidades y la profundidad de nuestras comunes raíces.

Intervención de Germánico Salgado

Tengo la gran ventaja de hablar al final, aunque ésta puede ser una desventaja también. Trataré de reducir mi intervención menos de los quince minutos que nos pidió el moderador. Creo que María Elena Porras incluso lo hizo en menos tiempo, y es una meta difícil de conseguir.

Cuando Enrique me pidió que hablara sobre historia, paz e integración, como leal profesor de la Universidad Andina me sometí estrictamente a sus términos de referencia. Tenía que hablar de historia y no hablar de economía. Es decir, aquí no encontrarán ustedes ninguna interpretación económica. He tratado este asunto, no desde el punto de vista de un profesional de historia, sino, yo diría desde el de un neófito en historia.

Es tan grave problema explicarme a mí mismo cuánto importa la historia para la paz y para la integración. He comenzado por preguntarme ¿qué es la paz? Y mi respuesta es que no es la ausencia de conflictos, como alguien lo dijo ya. El conflicto es inherente a la relación humana. Buscar la paz es reconocer que hay procedimientos para solucionar los conflictos y que a ellos debe someterse tolerantemente el hombre o el ciudadano. Pero eso no es todo. Detrás de esa actitud de aceptar que hay instrumentos de solución a los conflictos, en el individuo debe haber instrumentos para buscar la paz, para buscar la solución de los conflictos. Debe haber una actitud de respeto al otro y a la sociedad de que se es parte.

Se respeta, en definitiva, lo que se conoce. Y de allí viene mi primera proposición en este caso. Perdónenme si puede sonar arrogante que diga que, individualmente, el conocimiento mutuo es una condición de la paz. Creo que esto es muy obvio, pero hay que decirlo, porque en muchas ocasiones se olvida ese hecho elemental. Es decir, no se puede vivir en paz si no nos conocemos y nos respetamos mutuamente.

En la explicación del hombre y su entorno, mientras más estrecho sea el entorno, el horizonte vital del hombre será menor, mientras más enclaustrado esté el hombre, menos capaz es de conocer y de comprender al otro hombre, de ponerse en su lugar en la clásica empatía que es la condición de la paz. Definitivamente, mientras no sepamos ponernos en el lugar del otro,

que es mucho más que conocerlo y respetarlo, no estaremos posibilitando la paz. Pues bien, eso vale para el individuo. Creo que es indiscutible que esa es su relación pacífica interpersonal entre hombres y que vale también para los pueblos. Aquí quiero simplemente ignorar todas las complejidades de la llamada sicología social y pensar que las colectividades están hechas de sumas de individuos, y que, excepto en circunstancias muy especiales, los individuos como tales son seres en el fondo rectos, buenos y que todos ellos tienen la misma inclinación por la paz y por evitar los conflictos, sobre todo las guerras. Solamente en circunstancias especiales predomina una sicología colectiva que puede llevar a perversidades. Así son los movimientos de los pueblos. Pero la situación normal es que si nosotros en nuestras relaciones individuales somos capaces de ser tolerantes, de respetar al otro y de ponernos en su lugar, podemos pensar también que los hombres como células de sus pueblos son también capaces, colectivamente, de vivir en paz.

Un país tiene que conocer al otro, al país con el cual es vecino. Ahora bien, ¿cómo conocer y comprender un pueblo? ¿cómo responder a esa condición específica de la paz? Si dos pueblos tienen que conocerse y respetarse yo creo que la respuesta está en la historia. Hay un conocimiento inmediato de la presencia de un pueblo si se perciben ciertos rasgos fundamentales de su historia. En ese sentido, para mí la historia es como una ventana hacia un horizonte que rompe el enclaustramiento. El conocerse mutuamente, ponerse en lugar del otro, es conocer la historia. Ese es realmente un camino para la paz.

Aquí me saldré un poquito del esquema para la paz y lo que me pregunto en este instante es ¿cuál es el mundo actual? Varios se han referido a eso. Diego Cordovez lo hizo muy explícitamente. Vivimos en un mundo que tiende cada vez más a la globalización. Diego decía que es un movimiento irreversible. Probablemente es así, pero toda la vida moderna nos está forzando a vivir en una próxima relación, una cercanísima relación, con pueblos de todas las razas y de todas las latitudes. Nuestra imagen del mundo ahora es realmente el universo. Ese es nuestro horizonte vital. Los efectos de la globalización nos están obligando, por lo mismo, a aprender la historia, a conocer los pueblos por su historia. Esta es realmente una condición para sobrevivir.